

ENFOQUE

Infraestructura para envejecer

Montserrat Delpino Chamy
 Académica Departamento de
 Arquitectura USM.



La planificación urbana, como disciplina, nació en los albores del siglo XX, cuando las ciudades crecían al ritmo acelerado de la industrialización. En ese contexto, se volvió urgente organizar el caos urbano, y para ello se inventó un usuario estándar: un hombre joven, blanco, de 1,80 metros, con auto propio, empleo estable y plena autonomía. A partir de esa figura –tan funcional como ficción– se diseñaron las calles, el transporte público, los parques y hasta los bancos de las plazas.

Pero ese habitante nunca fue

*Envejecer con
 dignidad requiere
 planificación.
 Pero también
 imaginación política,
 participación
 ciudadana y voluntad
 intergeneracional.*

real. Y menos aún en Chile. Si hiciéramos un retrato del ciudadano promedio en nuestro país, el resultado sería otro: una mujer mestiza, de 1,56 metros, con educación media, y cuidando a 1,16 hijos. No todos nos parecemos a ella, claro. Pero hay algo que probablemente sí compartiremos, tarde o temprano: todos vamos a envejecer. Y en ese momento, cuando los años nos pesen un poco más, descubriremos que la ciudad tampoco fue pensada para nuestra vejez.

Chile envejece. Según el Censo 2024, más del 20% de la población tiene 60 años o más, y esa cifra seguirá creciendo. Pero nuestras ciudades siguen operando bajo el paradigma de la juventud eterna. Las infraestructuras que habitamos –calles, edificios, transporte, espacios digitales– no dialogan con los cuerpos, ritmos y necesidades de una población longeva.

Tenemos 10, 20 o quizás 30 años para preparar nuestras ciudades al país que seremos. Y eso exige un cambio de paradigma en, al menos, cuatro dimensiones críticas.

Primero, en el entorno construido: necesitamos infraestructuras que reconozcan la diversidad funcional, incorporando accesibilidad universal, movilidad reducida, confort térmico, seguridad y –por supuesto– bancos en las veredas.

Este debate, además, debe territorializarse. Las personas mayores no viven en promedios nacionales, viven en barrios concretos, con aceras que se rompen, con transporte que no llega

y con farmacias que cierran temprano. Las políticas de envejecimiento activo no se construyen desde Santiago: se implementan en las municipalidades, en los Cefam, en las juntas de vecinos. La modernización de las políticas públicas pasa, inevitablemente, por bajar de escala e interconectar acciones desde lo local.

Envejecer con dignidad requiere planificación. Pero también imaginación política, participación ciudadana y voluntad intergeneracional. No estamos preparando las ciudades para “otros”: las estamos preparando para nosotros mismos.